



NICOMEDES MÉNDEZ

EL VERDUGO DE BARCELONA

Funcionario de la Audiencia de Barcelona entre 1877 y 1908, Nicomedes Méndez ejerció su oficio con indisimulado orgullo, e incluso mejoró su principal herramienta, el garrote vil.

ANTONIO ORTÍ PERIODISTA



© Generalitat de Catalunya.

La vida de Méndez fue tan notoria, tras ajusticiar a noventa y dos personas (según él mismo cuantificó en una entrevista que publicó *La Publicidad* en 1906), que Salvador García, catedrático de Lengua y Literatura, acaba de publicar una novela, *Nicomedes Méndez, el verdugo de Barcelona*, sobre el creador del garrote catalán, un hombre pulcro y afable que inspiró a Blasco Ibáñez y fue retratado en plena faena por Ramon Casas en 1894.

Al habla desde Murcia, García señala que “la Audiencia de Barcelona (actual Palau de la Generalitat) era para Nicomedes Méndez como su segunda casa: se refugiaba en ella como la tortuga en su concha”. La visitaba cada primero de mes para cobrar su sueldo de funcionario, deambulaba por el patio de naranjos, subía sus escaleras, asistía a los juicios donde se olía la pena de muerte y acababa

oyendo misa en la capilla de Sant Jordi. Acudía a la citada audiencia, asimismo, “para limpiar y engrasar los manubrios y collarines de cuatro instrumentos de garrote vil que guardaba en el tabuco del sótano”, según el mismo autor.

De La Rioja a Valladolid

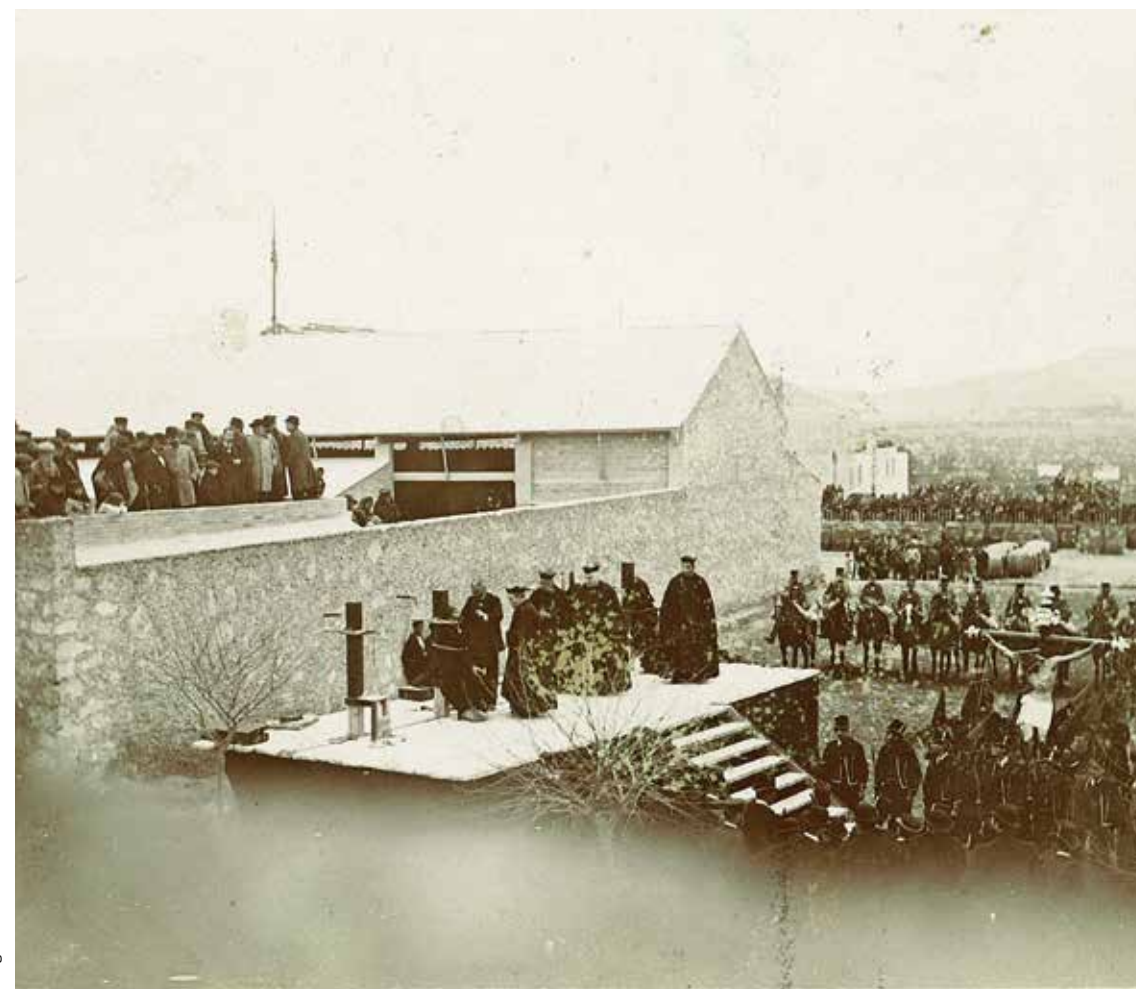
Este lúgubre funcionario público terminaría convirtiéndose, oficiosamente, en el verdugo más importante de España, a un paso de emular a Anatole Deibler, el ejecutor francés de la guillotina, a quien Méndez visitó en París para verlo decapitar en vivo y en directo a dos reos (se estima que, en el medio siglo que estuvo guillotinando, Deibler se llevó por delante a más de cuatrocientos condenados). El *botxí* (verdugo) Nicomedes Méndez nació en Haro (La Rioja) el 16 de septiembre de 1842, pero muy pronto se vio obligado a hacer las maletas. La razón fue que, con dieciséis años, se enamoró per-

didamente de su futura esposa, una costurera llamada Alejandra Barriuso, dieciocho años mayor que él. Tras dejarla embarazada, renunció a ser albañil como su progenitor y se mudó con ella a Valladolid, donde empezó a trabajar como jornalero, si bien su verdadero sueño era matar a todos los asesinos de España. Un tiempo después de mudarse, la fortuna le sonrió: el verdugo de Valladolid, Félix de Gracia, falleció, dejando su plaza vacante. El puesto acabó siendo suyo, pero, tras permanecer once años en la capital pucelana, donde ajustició a dieciocho reos, llegó a sus oídos que la Audiencia de Barcelona buscaba a alguien para cubrir la vacante de verdugo. Así, vendió los dos caballos que cuidaba en Valladolid, el carro y sus cincuenta y dos gallinas, regaló los jilgueros y viajó en compañía de su mujer y sus dos hijos a Barcelona, una ciudad que en 1877 contaba con 248.943 habitantes. Nada más

Cuádruple ejecución en Vilafranca del Penedès a manos de Méndez.

A la izqda., la escalera gótica del Palau de la Generalitat, que fue sede de la Audiencia de Barcelona.

En la pág. anterior, *Garrote vil* (1894), por Ramon Casas, en el Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía.



Fotografía de la colección Javier Sánchez Portas.

El verdadero sueño de este riojano era matar a todos los asesinos de España

llegar compró un revólver Smith en una conocida armería de la calle Ferran, algo que la Audiencia permitía para que los ejecutores de la Justicia pudieran defenderse de las frecuentes agresiones.

Tragedias familiares

Tan pronto como pisó Barcelona, Méndez intentó demostrar a los altos cargos de la Audiencia que no se habían equivocado con él. Sabedor de que muchos reos aca-

baban en el patíbulo sufriendo convulsiones por la falta de pericia de otros verdugos, ideó el garrote catalán, con una puntilla en el interior de la argolla que se clavaba en la nuca del reo, provocándole la muerte en el acto. Tras llevarle los planos a un herrero, envió una instancia al presidente de la Audiencia para que fuese aceptada tal modificación. Hasta la Audiencia Territorial de Barcelona llegaban los acusados serios y aterrizados. Antes de enfundarse la hoga (una sotana cerrada) y ser trasladados al poste donde eran ajusticiados, Méndez los visitaba para preguntarles: “Soy el ejecutor de la Justicia, ¿me perdonas?”. Las respuestas no tenían desperdicio: “*Moro innocent, soc innocent...*!” (“¡Muerdo inocente, soy inocente!”), “*Verge del Carme, vine a mi!*” (“¡Virgen del Carmen, ven a mí!”), “¡Me cago en tus muertos!” o “*Perdó? Sí que estàs d'ullera...*!” (“¿Perdón? ¡Sí que estás de broma...!”).

Méndez, un tipo recio y con bigote, no se intimidaba por nada de cuanto dijeran, pero sí por la suerte que pudiera correr su propia familia. “Ese es el verdugo”, “Por ahí va el verdugo”, “Mirad, el verdugo”... escuchaba comentar a sus espaldas, como si lo tomasen por una de las ratas que, desde la ventana, veía pasear por el patio. Con el paso de los años, la marginación social que sufrían los verdugos acabó haciendo mella en la familia de Méndez. El 23 de marzo de 1884, una empleada que le tenía celos a su hija Paula por haberle arrebatado a su amor platónico le reveló al novio de esta que el padre de su media naranja era el verdugo de Barcelona, y no un simple empleado del ayuntamiento, como le había dicho ella. Al enterarse Víctor Roselló, el novio, le escribió una carta a Paula dando por concluida su relación, animándola a encontrar a un hombre que no aborreciera tanto la pena de muerte como él.

La burbuja de los verdugos

Una investigación desvela aspectos inéditos de este oficio

➤ **María F. Carbajo**, doctora en Historia por la Universidad Complutense de Madrid, es autora de una monumental obra de 1.811 páginas que le ha llevado doce años: *La esférica clase. Los verdugos en la España del Antiguo Régimen* (abajo, el grabado de Goya *No se puede saber por qué*). En ella, Carbajo desvela la vida social de los verdugos, su forma de acceder al oficio y la naturaleza de los tormentos (degüello, hoguera, horca, garrote vil, arrastramiento, descuartizamiento...).

➤ **El título del libro** guarda relación con una frase que solía pronunciar el verdugo Juan Díaz Lozano (1758-1815) para expresar que las personas de su gremio vivían dentro de una burbuja por el rechazo que provocaban. Tanto es así que los verdugos y sus hijos se veían obligados a casarse con personas de su misma condición, dando lugar a una endogamia reiterada.

➤ **Debido a la vileza** inherente a su oficio, no se relacionaban con la gente común, siendo frecuente que cuando una vivienda era desalojada por el verdugo y quedaba vacía, nadie quisiera ocuparla, aun-

que hubiese sido remozada. “Todavía hacia el año 1830, el verdugo de Vitoria, Juan Carnero Brizuela, fue severamente amonestado por pasear con su mujer por el paseo de la Florida”, recuerda Carbajo.

➤ **Durante la dinastía** borbónica, estos profesionales empezaron a ser reconocidos y cobraron un mejor salario, tras convertirse en funcionarios del Ministerio de Gracia y Justicia.

➤ **Tras abolirse la horca** en 1832, el garrote vil quedó como único procedimiento para aplicar la pena capital (si bien el fusilamiento, donde no participaba el verdugo, se mantuvo hasta 1995). Ahora bien, no todo el mundo podía aspirar a morir en el garrote vil, ya que este método proporcionaba una mejor muerte que otros sistemas, más rápida y con menos sufrimiento, por lo que sus destinatarios solían ser personas bien posicionadas.

➤ **El garrote vil** se aplicó por última vez el 2 de marzo de 1974 al anarquista Salvador Puig Antich, tras un juicio por homicidio cargado de irregularidades.



Al leer la misiva, Paula agarró el revólver Smith que su padre guardaba en una caja de zapatos en el armario, regresó al dormitorio, apretó la boca del cañón contra su sien y presionó el gatillo. La noticia salió publicada en *La Vanguardia*. “En una casa de la calle Urgel fue hallado ayer el cadáver de una muchacha de veinte años, que tenía una herida de arma de fuego en la sien. La infeliz vivía con su padre, que estaba ausente cuando debió de ocurrir la muerte”. Al otro hijo de Nicomedes, Juan Méndez, no le fue mejor, tras dar continuadas muestras de no estar en sus cabales. Falleció en la calle Sicilia a la edad de veintinueve años, a consecuencia de un “delirio vesánico”.

Cuatro en un día

Las circunstancias que envolvían a los verdugos están pudiendo ser desveladas gracias a libros como el de Salvador García o al impresionante trabajo de María F. Carbajo, doctora en Historia por la Universidad Complutense de Madrid. Desde 1990, esta académica ha centrado sus investigaciones en personas con oficios viles. Los verdugos, por ejemplo, estaban obligados a lucir una vestimenta “que mostrara sin asomo de duda cuál era su ocupación”, cuenta Carbajo. También debían llevar una insignia (una escalera que simbolizaba que, al principio, las horcas eran muy altas y requerían varios peldaños) “y portar un sombrero muy distinto al de la gente digna”.

Desde que Méndez debutó en Cataluña el 18 de agosto de 1878, ajusticiando en Manresa a Pere Playà, después de que este diera muerte a su hijastro de trece años por serle gravoso en su estado de miseria, el *botxí* recorrió con su garrote vil ciudades y pueblos como Igualada, Vic, Tarragona, Tortosa, Gerona, Palma de Mallorca, Ibiza, Granollers, Ganesa, Lérida, Falset o Vilafranca del Penedès. En esta última localidad, revela García Jiménez, el 19 de enero de 1896 llevó a término una cuádruple ejecución. Además de infinidad de carruajes, más de cuatrocientos pasajeros tomaron billete en trenes que salían de Barcelona para ver cómo ejecutaban a los cuatro desgraciados que habían asesinado al reverendo cura de Santa María de Foix para robarle. El público rugía y levantaba el pellejo de vino.

Blasco Ibáñez en la cárcel de San Gregorio (Valencia), donde conoció al verdugo.

A su lado, retrato de Nicomedes Méndez publicado por *La Vanguardia* el 16 de enero de 1892.



Fotografía de la Casa-Museo de Blasco Ibáñez, calle Isabel de Villena, 159, barrio de la Malvarrosa, Valencia.

Por entonces, la fama de Méndez había llegado a Vicente Blasco Ibáñez, quien, estando en el presidio del convento de San Gregorio (Valencia), pidió conocerle para escribir un relato que titularía *El funcionario*. Más tarde, Nicomedes Méndez riñó con Antoni Gaudí. El arquitecto quiso contratarlo para emplear su rostro y torso en la escultura del verdugo que se encargó de la crucifixión de Cristo. “¡Usted será muy bueno construyendo catedrales, pero es muy mala persona!”, parece ser que le soltó Méndez, apretando los puños, tras recibir la peor ofensa de su vida: que su cara fuera inmortalizada como la del verdugo de Jesús.

Palacio de las Ejecuciones

A lo largo de su andadura profesional, Nicomedes Méndez mereció numerosos artículos. Un periodista de *El Diluvio* lo describía así: “Es de estatura mediana, cara colorada, ojos atravesados: usa bi-

gotito, viste traje de color y sombrero de hongo achulapado. Se llama Nicomedes Méndez y es riojano”. El 27 de febrero de 1892, *Le Figaro* publicaba en París otra semblanza: “El verdugo espera, apoyado en el poste. Es un hombre de unos cincuenta años, pequeño, canoso, vestido de negro, con la apariencia de un artesano acomodado. En su rostro no hay rastro de emoción”. Con el transcurso del tiempo, el aspecto de Méndez se fue avinagrando. También se mudó varias veces de casa, tras empezar viviendo en la calle Comte d’Urgell de Barcelona y acabar en Verdi (antiguamente, calle Ancha, o de las Monjas de Gracia).

En el otoño de su vida, soñó con viajar a Nueva York para presenciar *in situ* el funcionamiento de los 1.740 voltios de la silla eléctrica. Sin embargo, a comienzos del siglo xx, el número de ejecuciones empezó a descender, y Méndez, observando que algunos barracones eran un



buen negocio, pidió permiso al Ayuntamiento de Barcelona para montar una caseta que se llamara Palacio de las Ejecuciones. Pretendía agarrotar en ella a figuras de cera mientras contaba sus recuerdos, pero el consistorio se lo denegó. Enardecido, se trasladó a la taberna de Can Ramon, en la calle Vilà i Vilà, cerca del Paralelo, para dar conferencias ante un público sediento de vino. Más tarde recibió una petición insólita de un empresario: convertirse en verdugo privado y ejecutar a un reo al que habían indultado los jueces, pero Méndez se negó. Viéndose al borde de la jubilación, el *botxí* empezó dar síntomas de tristeza. Finalmente, Nicomedes Méndez falleció a las siete de la mañana del 27 de octubre de 1912. Fueron muchos los periódicos que publicaron una nota sobre este criador de canarios que, con el tiempo, acabó convirtiéndose en el verdugo más temido y admirado de España. ●

Para saber más...

ENSAYO
CARBAJO ISLA, MARÍA F. *La esférica clase. Los verdugos en la España del Antiguo Régimen*. Madrid: Iberoamericana Vervuert, 2024.
GARCÍA JIMÉNEZ, SALVADOR. *No matarás. Célebres verdugos españoles*. Santa Cruz de Tenerife: Melusina, 2010.
SUEIRO, DANIEL. *Los verdugos españoles*. Madrid: Alfaguara, 1971.

NOVELA
GARCÍA JIMÉNEZ, SALVADOR. *Nicomedes Méndez, el verdugo de Barcelona*. Barcelona: Alrevés, 2024.